

Querido Fran:

No estoy muy segura de que recuerdes aquellos años en los que pasé toda mi infancia intentando ganarme una sonrisa tuya. Sentía una gran curiosidad por contemplar tu hermoso rostro, siempre tan serio, cubierto por una sonrisa. Mamá siempre dijo que eras el hombre más amable, honrado y guapo que ella había conocido y se sentía afortunada de haberse casado con un hombre así. Me costaba imaginarte de aquella forma, que tus rasgados ojos transmitiera amor y alegría en vez de melancolía y tristeza. No lo comprendía, ¿cómo es posible que mi querida madre y yo tuviéramos una versión tan diferente de ti?

¿Por qué eres tan tacaño que ni siquiera me dediques una sonrisa, a mí, que soy tu única hija?

¿Te acuerdas el día 16 de febrero de 1998? Yo nunca lo olvidaré. Jamás podré borrar de mis recuerdos aquel día de mi décimo cumpleaños, cuando me pediste que te traiga una taza de té. Estaba emocionada y nerviosa. La taza quemaba

mucho y se me resbaló de las manos. La taza se rompió en pedazos. Te levantaste de un salto y me asusté tanto que caí al suelo y apoyé mis manos en los pedazos.

Estabas muy enfadado. Era tu taza favorita. Después de la bronca que me echaste te encerraste de un portazo en tu habitación. Más tarde, sentada delante de mi mesita de estudio, con las manos vendadas, escribí la palabra "odio" justo al lado de la palabra "papá". Apreté con tanta fuerza que el bolígrafo se incrustó en el papel y dejó una marca profunda en las hojas. Una lágrima cayó sobre la hoja y corrió la tinta del papel. Me dolían las manos, y el corazón también.

¿Por qué eres tan rábano que no quieres mostrarle una pizca de amabilidad, a mí, que soy tu única hija?

Mamá entró en mi habitación entonces. Llorando, me contó una historia, la historia del hermano mayor que nunca conocí. Murió un año antes de que naciera yo. Le querías con todas tus fuerzas, eras el mejor padre del mundo y no soportabas el hecho de haber perdido a tu querido hijo para siempre. Destruiste todos sus fotos y juguetes, todo lo que te recordaba a él, porque cada vez que pensabas en él te causaba un dolor insufrible. Lo único que te quedaba era esa taza que él te había regalado.

No lo entendía, le quisiste tanto, ¿por qué a mí no? ¡Yo también soy tu hija!

Y a partir de ese momento dejé de esforzarme para ganar tu sonrisa. Quise vengarme, e hice todo lo posible para hacerte daño. Todos los días contaba la fabulosa vida de mis compañeras ricas y lo poderosos que eran sus padres. Te intimidaba y cuanto más te humillaba más satisfacción me causaba. Así fue toda mi adolescencia, siempre yendo en contra de ti, te enfadabas pero nunca me regañabas.

Elegí una universidad lejos de casa y me fui, aunque tú te oponías. No volví a casa durante varios años, a pesar de que todas las Noches Buenas me pedías que volviera a casa. No quería hablar contigo.

Dos años después por fin me convenció mamá y decidí volver. Ella dijo que tosías sin parar todas las noches y que me echabas de menos. Al final accedí a que vinieras a la estación del tren para recogerme. Al bajar del tren, te vi en el andén. Tu alto y corpulento figura se había encobrado, habías adelgazado y parecías vulnerable en el viento. Me acerqué poco a poco y en tu cara vi una sonrisa. Tenías los dientes amarillos a causa del tabaco y te habían salido patas de gallo al sonreír. No tenía nada que ver con la sonrisa hermosa que me había imaginado pero me

encantó. Una corriente de calor recorrió mi cuerpo y tú dijiste:

-Bienvenida a casa hija.

Una lágrima recorrió mis mejillas y sin poder controlarme, te abracé y dije:

- Te quiero papá.

Enlu Wu